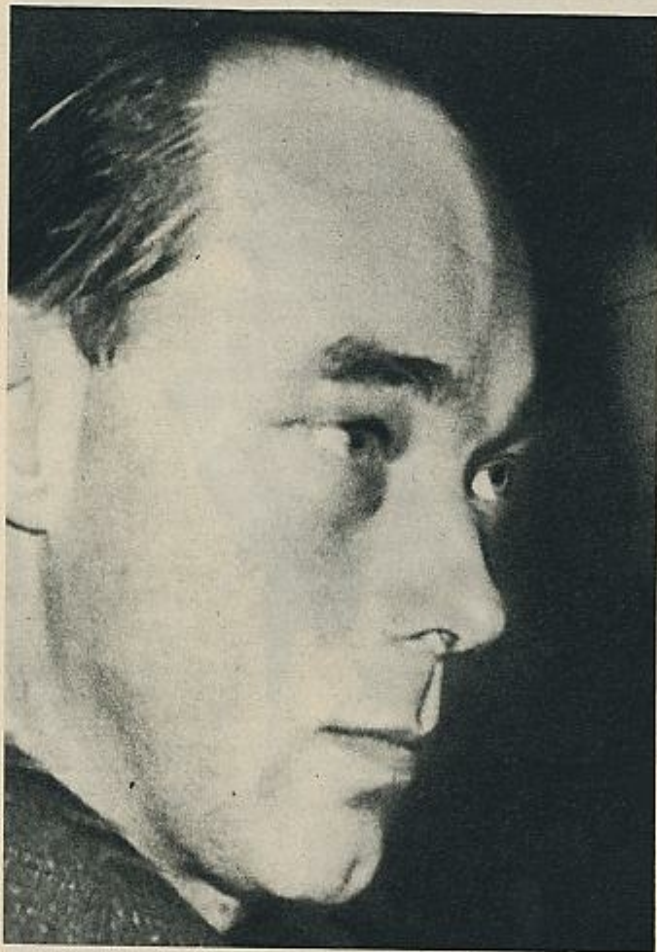


Por EDUARDO HARO TECLEN



A partir del llamado «caso Vassall», por el cual dos periodistas están en la cárcel, el problema de las relaciones entre la prensa y el Estado se ha agudizado en Inglaterra, alcanzando carácter de debate público. Vassall ha sido condenado a dieciocho años de cárcel por haber revelado secretos a la U. R. S. S.

EN tres países «grandes» se está desarrollando en estos momentos un conflicto entre la Prensa y el Estado. En otros países, el conflicto es permanente. Y, en algunos, el Estado parece haber ganado definitivamente la partida. Por ejemplo, en Francia, donde la gran prensa de información sigue fielmente las directivas del Estado y la oposición se reduce a algunos periódicos de partido y a semanarios de escasa y decreciente tirada. (El problema de la prensa y de la información en general en Francia es mucho más complejo de lo que puede reflejarse en unas cuantas líneas.)

La Prensa y el Estado se llevan mal, hoy, en Estados Unidos, en Alemania y en Gran Bretaña. En los Estados Unidos la gigantesca huelga que paraliza aún los grandes rotativos no permite que la polémica alcance envergadura. Tiene más en Alemania, donde el caso del «Spiegel» sigue teniendo prolongaciones. Y en Gran Bretaña, a partir del llamado «caso Vassall» (en virtud del cual dos periodistas están en la cárcel por haberse negado a revelar el secreto profesional de sus fuentes de información), el problema alcanza el carácter de debate público. Gran Bretaña es hoy un país cuyas peculiares condiciones políticas, por comparación a su mundo en torno, permiten esclarecer muchos de los problemas que atañen a la sociedad occidental.

el derecho de mentir

AUNQUE este tipo de polémica está ahogada en los Estados Unidos, es de allí de donde nos viene la frase-clave del asunto. Se trata de que en el momento dramático de la crisis de Cuba, el Gobierno hizo llegar noticias falsas a los periódicos. Se ha dudado incluso de los mismos documentos gráficos distribuidos; o, por lo menos, de la realidad de sus fechas atribuidas. La Prensa lo ha sabido, y la Prensa ha atacado. El Gobierno no niega: se justifica. Hace saber que las «noticias manipuladas» («managed news») forman parte del arsenal de un Gobierno en un momento determinado. La difícil declaración ha corrido a cargo del secretario adjunto de Defensa encargado de Asuntos Públicos, señor Arthur Sylvester, que ha pronunciado esta frase: «El Gobierno tiene el derecho de mentir para salvarse a sí

mismo cuando se encuentra frente a la amenaza de un desastre nuclear». La declaración tiene la ventaja de la franqueza: Goebbels nunca fue capaz de reconocer tal doctrina, aunque la emplease a diario. Es lógico que frente a ese punto de vista del Gobierno se alce el de la Prensa, que no puede reconocerse el derecho de mentir. Aun dejando aparte los problemas morales, aunque no sea más que por una necesidad comercial. Cuando el ciudadano deja de creer en la verdad de los periódicos, deja también automáticamente de comprarlos. Hoy, la prensa es un mal negocio en todo el mundo: la huelga de los periódicos de Nueva York es un ejemplo. Para hacer frente a las peticiones de su personal, el «New York Times» y el «Herald Tribune» tienen que subir sus precios a 10 centavos (seis pesetas) y ven automáticamente su tirada disminuida.

Pero de esta huelga se ha sacado una enseñanza bastante más grave. En una encuesta de la opinión pública, sobre cuál es la repercusión que cada ciudadano sentía al verse privado de periódicos, se han recogido millares de respuestas: no sabían a qué teatro o a qué cine ir, dónde se vendía ropa blanca de saldo o dónde había subastas de antigüedades; les faltaban las reseñas del «base ball», los pasatiempos, las noticias meteorológicas... Sólo una escasísima minoría se ha quejado de la falta de información política nacional o internacional en momentos especialmente graves (la huelga comenzó hace cuatro meses). Es cierto que la televisión y la radio tenían el mercado bien abastecido de esta clase de información. Pero el verdadero fondo es que falta fe en la veracidad de la información.

Claro que no siempre es lícito, por parte de la Prensa, culpar al Estado de esta «manipulación» de las noticias. Hay periódicos que se bastan a sí mismos. Por ejemplo, en el caso de la reciente entrevista de Fidel Castro con un periodista de «Le Monde», cuyos términos han sido tergiversados por algunos periódicos y agencias de Estados Unidos, sin que la protesta posterior de «Le Monde» haya tenido eco. Se puede recoger el caso no por su im-

DER SPIEGEL
REDAKTION M & STÖCK



Cuando la policía registró y cerró la redacción del semanario «Der Spiegel» —el más leído de Alemania— y detuvo a su director y a otros redactores, el denominado «Grupo 47» (formado por 13 conocidos escritores) se puso al lado del periódico. El asunto terminó en los tribunales, pero el juez falló en favor del grupo literario, porque «estaba en el derecho de expresar su opinión».



Huelga de periódicos en Nueva York. Para hacer frente a las peticiones de aumento de salarios por parte de su personal, el «New York Times» y el «Herald Tribune» tienen que subir su precio a diez centavos. El primero de los nueve periódicos neoyorquinos que se decidió a romper la huelga fue el «New York Post».

portancia en sí, sino por su calidad de ejemplo de cómo se «manipulan» las noticias. «Le Monde» publicaba esta frase: «Si Krutchev hubiese venido aquí —añadió Castro, riendo—, le hubiese dado de puñetazos.» Algunos periódicos americanos han suprimido el inciso «añadió Castro, riendo»: el sentido de la frase estaba completamente cambiado. Lo que se dijo como broma o como «boutade» se convierte en ceñida amenaza de las que promueven un conflicto internacional. Y, desde luego, todos los periódicos suprimieron malévola-mente los elogios que Castro dedicaba a Krutchev y el agradecimiento que expresaba en nombre de Cuba por la ayuda soviética. Es dudoso el beneficio político que puede obtenerse de semejantes manejos. Solamente se consigue equivocar a la opinión pública, que no llega nunca a saber cuál es el verdadero estado de la situación. Y que cuando descubre que «su» periódico le ha engañado en una cosa, llega a dudar de todas las demás que publica.

el "grupo 47" y el gobierno de Bonn

EN Alemania el problema llega a los tribunales. Trece escritores que forman el llamado «Grupo 47» se han querellado por difamación contra el presidente-delegado del partido cristiano-demócrata —el presidente efectivo es Adenauer—, Josef Duffhues, que les había llamado nazis. El «Grupo 47», durante el asunto del «Spiegel», se había puesto del lado del periódico atacado con otra frase doctrinal, aunque en sentido inverso de la pronunciada por el americano Sylvester. Esta frase decía así: «Puesto que la guerra es objetivamente imposible, revelar en la prensa un secreto militar debe ser un deber moral de cada ciudadano.» Por aquella frase los escritores habían sido acusados ante un tribunal de Berlín, por parte del Gobierno, como culpables de «apología de un delito»: el tribunal sentenció en favor de ellos diciendo que estaban en su derecho de expresar una opinión, incluso si esta opinión no coincidía con la del poder político. Desde entonces prosigue la lucha entre el poder y el «Grupo 47». Como continúa, en general, la lucha del Estado contra la Prensa de oposición, que es muy fuerte. Existe en Alemania, como en muchos otros países, un «complejo de Estado», por el cual toda oposición es nociva. El escritor alemán Dornberg (autor, en los Estados Unidos, de un libro que se titula «Schizophrenic Germania») define la situación actual con una frase reveladora: «Alemania está dividida en dos geográficamente, es fortísima económicamente, emotivamente inestable; respetada y al mismo tiempo temida por sus vecinos y aliados, finalmente no ha cambiado nada y, sigue siendo la misma de antes, aunque se encuentra en una confusa situación intermedia.»

debate público en gran bretaña

EN la Gran Bretaña el asunto comenzó, como antes digo, por el encarcelamiento de dos periodistas que se negaron a revelar un secreto profesional. El juez les hizo comparecer como testigos y los dos permanecieron silenciosos. Para el juez no quedaba más que una alternativa: o considerar el derecho del periodista a conservar el secreto profesional o considerar que tal secreto es sólo un valor moral sin fuerza ante la Ley y con-

denarles por delito de ocultación de delincuente. Eligió esta última fórmula. Comenzó una polémica entre la prensa y la judicatura: dos instituciones que los ingleses respetan profundamente y que se desarrollaba en buenos términos. Hasta que el primer ministro, Macmillan, intervino con una declaración en los Comunes, y lo hizo en contra de la prensa, quizá resentido por lo mal tratado que ha sido en estos últimos tiempos. Inmediatamente el problema se generalizó y se convirtió en un problema Prensa-Estado típico. Todos los periódicos han intervenido más o menos, y el «Times» ha elevado la cuestión —como suele hacerlo— con un amplio e importante editorial, que ha obtenido respuestas de centenares de lectores.

El «Times» comienza notificando que la mayor parte de las cartas que ha recibido de sus lectores a propósito del «caso Vassall» resultan contrarias a la Prensa. Acusan los lectores a la mayor parte de los periódicos de «intrusión, trivialidad, sensacionalismo, deformación de los hechos». El «Times» no lo niega, y escribe: «Hace años que los periódicos fueron ya advertidos de que si seguían por el mismo camino terminarían por perder la amistad de los sectores sociales, de cuya buena voluntad depende la libertad y las condiciones de trabajo de la Prensa. Esto ha ocurrido ahora. Lo que hace que este asunto sea particularmente grave es el grado de ignorancia, complacencia y apatía hacia peligros particulares que amenazan perpetuamente cada sociedad libre y que ahora son revelados.» «Es ridículo —dice más adelante— imaginar que en Gran Bretaña nada puede ir gravemente mal. Lo cierto es que de una manera moderada muchas cosas van gravemente mal.» Para el «Times», un hecho es que el poder ejecutivo está teniendo cada vez más poder sobre el parlamento, que los funcionarios deciden cada vez más sin contar con la opinión pública, que muchos de los caminos que emplea la ley son restrictivos y secretos, y que esto ocurre frente a una clase media que no sabe reaccionar. Pero, al mismo tiempo, el «Times» señala que sea cual sea el esfuerzo que han hecho los periódicos en el pasado para ganar respeto y confianza, la realidad es que hoy su objetivo es el de ganar dinero. Su conclusión: «La lección de los acontecimientos del mes pasado es un análisis final, que las únicas personas que pueden salvar la libertad de Prensa son los mismos periodistas. No lo hará nunca ni la Ley ni el Gobierno; y el Parlamento no puede hacerlo». Las últimas frases del editorial son significativas: «No es arrogancia por parte de la Prensa proclamar que tiene un papel que representar en estos momentos. Tradicionalmente, y por todos los medios a su disposición y por la naturaleza de su disposición, tiene ese derecho. Amplios sectores de opinión podrían ahora negar esto aparentemente, o querrían desear un bloqueo de la prensa que la hiciese ineficaz. Si algunas de las cosas que han ocurrido han demostrado que parte de la Prensa está enferma, este deseo muestra hasta qué punto la opinión pública está enlodada.»

Nunca una nación es tan vulnerable como cuando aquellos sectores de ella que deben estar bien informados y cuyo progreso depende de tal información pierden su ruta por culpa de la cizaña.»

La mayor parte de las cartas que el «Times» ha recibido de sus lectores son favorables a esta forma de concepción de la Prensa. La opinión pública ha cambiado en Gran Bretaña después del artículo del «Times» —ampliamente reproducido por todos los demás periódicos—. Lo cual demuestra que la Prensa sigue siendo una gran fuerza cuando utiliza la verdad; pero que los que quieren utilizar esa fuerza para la mentira, la pierden.